

SAN PEDRO CELESTINO, PAPA Y CONFESOR

Día 19 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

San Pedro, llamado Murón del monte donde tenía su ermita, y después Celestino del nombre que tomó cuando fue elevado al pontificado, nació por los años de 1221, en un lugar llamado Isermia, en los confines de la Pulla y del Abruzo, cerca de la Tierra de Labor en la Italia. En la historia de su vida, que el mismo Santo dejó escrita de su mano, dice que sus padres eran de familia honrada, de piedad universalmente conocida, y que se hacía distinguir por su hospitalidad. Tuvieron doce hijos, de los cuales fue nuestro Santo el decimoprimerero.

Siendo de cinco años, perdió á su padre; pero en el amor, en el juicio y en la virtud de su madre halló consuelo y equivalente de esta sensible pérdida. Entreteniéndose un día con su numerosa familia esta virtuosa madre, dijo por modo de diversión: *¿Será posible que, habiéndome dado Dios tantos hijos, siquiera uno de ellos no ha de ser un grande siervo suyo?—No, madre,* respondió Pedro con inocente intrepidez; *eso no es posible: yo lo he de ser, porque quiero ser santo.*

Tenía sólo veinte años cuando, saliendo de casa de sus padres, se retiró á un monte, donde encontró una peña que, pareciéndolo muy acomodada para sus intentos, cavó al pie de ella una estrecha y humilde choza, en que no cabía echado ni podía estar de pie. Aquí pasó tres años en asombrosas penitencias y en continuas tentaciones. Para resistir á tan furiosos combates no recurría á otras armas que á la oración, á la

penitencia y á la protección de la Santísima Virgen, con las cuales, y con la gracia de Dios, consiguió siempre las más gloriosas victorias. Por más que procuró ocultarse, le descubrió su virtud, á cuya fama concurrieron á él muchas personas que, reconociendo su eminente santidad, le instaron para que se hiciese sacerdote, y al cabo le persuadieron á que pasase á Roma á recibir los sagrados órdenes.

No pudiendo emprender por entonces el viaje, detenido por la nieve que cubría el monte y cegaba los caminos, haciendo reflexión á la sublime dignidad del sacerdocio, se atemorizó y, á vista de su dignidad, mudó de parecer y resolvió no hacerse en su vida sacerdote. En este estado se le apareció un venerable anciano, vestido de blanco, y le dijo estas palabras: *Di Misa, hijo mío, di Misa.*—Respondióle Pedro: *San Benito y otros santos nunca se atrevieron á recibir las órdenes sagradas; ¿cómo quieres que yo, pecador y miserable, me considere digno de recibirlas?*—*¡Digno, hijo mío!*, le replicó el viejo. *¡Digno! ¿ Y quién fue jamás digno de eso? Di Misa con devoción y con respeto; di Misa;* y, al decir estas palabras, desapareció. No deliberó Pedro ni un solo instante, poniéndose en camino para Roma. Recibido el sacerdocio, se restituyó á la Pulla, con resolución de hacer una vida correspondiente á la santidad del carácter con que le había honrado Dios. Retiróse al monte Murón, y eligió para su domicilio una estrecha cueva, que parecía sepultura, en la que tenía su habitación una monstruosa serpiente, que huyó luego que el Santo entró á tomar posesión de ella.

Cinco años pasó en este horrible desierto, viviendo más como ángel que como hombre, hasta que vinieron á rozar aquella parte del monte que rodeaba la cueva para cultivarle; y con esta novedad le abandonó, pasándose al monte Magela, donde halló una vasta y profunda

caverna, en que se acomodó él y otros dos solitarios que se habían puesto debajo de su dirección, y que no querían dejarle. No dejó el demonio invención, estratagema ni artificio de que no se valiese para disgustarlos; tanto que, atemorizados los dos compañeros, ya titubeaban si el santo director, haciéndoles visibles las ilusiones del enemigo, no les hubiera alcanzado la perseverancia.

Presto se aumentó su número; porque, á pesar de los medios de que se valió Pedro para ocultarse, extendida por toda Italia la fama de su santidad, acudieron muchos á ponerse debajo de su dirección. Este fue el principio de aquella célebre religión de los Celestinos, que ha más de cuatrocientos años se hace tan respetable en el mundo por los grandes ejemplos que le da de penitencia, de soledad y de virtud.

Luego que el Santo se rindió á tener discípulos, concurrieron tantos de todas partes, que fue preciso hacer celdas, fabricar convento y levantar iglesia.

A los principios no tuvieron otra regla que los ejemplos de su santo director, siendo para ellos un modelo trazado por la perfección del Evangelio. Empleaba el Santo en oración casi todo el día y la mayor parte de la noche, acompañándola siempre con abundantes lágrimas, y, cuando no oraba, se ocupaba en algún trabajo de manos. Prohibióse el uso del vino y de la carne, aun cuando estaba enfermo; y como si no bastase esta abstinencia, observaba al año cuatro cuaresmas. Ayunaba las tres á pan y agua, y la cuarta excedía en abstinencia á las otras tres.

Pero creciendo cada día el número de sus discípulos, y teniendo noticia de que en el Concilio general que estaba para celebrarse en León serían extinguidas todas

las religiones que no estuviesen aprobadas por la Silla Apostólica, fue con dos de sus discípulos á echarse á los pies de Gregorio X para que aprobase la suya. Recibióle el Papa con aquella veneración que merece la verdadera santidad; confirmó y aprobó con grandes elogios su religión, y la dio por regla la Regla de San Benito. Vuelto el Santo á Magela, convocó sus religiosos, dióles constituciones, y desde entonces creció la Orden con tan maravillosos progresos, que en poco tiempo se contaban más de mil seiscientos monjes en treinta y seis monasterios.

A la fama de los milagros que obraba Dios por las oraciones de su siervo, y de la veneración que toda Italia le profesaba, concurrían á él de todas partes; tanto, que siéndole imposible hablar y consolar á todos en particular, se veía precisado á subirse en algún lugar eminente, para que tuviesen el consuelo de verle y de oírle todos los que lo deseaban; pero haciéndosele insufrible esta concurrencia de gentes, por su grande amor á la soledad y al retiro, comenzó á mirar con tedio el monasterio del monte Magela. Resuelto á dejarle, escogió un corto número de monjes, y secretamente se retiró con ellos á un sitio muy solitario, llamado San Bartolomé de Loja; pero descubierto en él á poco tiempo, aun fue mayor el concurso de los que le buscaban; lo que le obligó á escaparse con un solo religioso, huyendo á esconderse en una gruta casi inaccesible, que estaba en lo más alto del monte ó de la montaña de Magela. No fue para él más solitario este desierto que lo habían sido los otros; porque, extendido el rumor de su nueva habitación, fue mayor la concurrencia que lo había sido en las antecedentes; y convencido, en fin, á que el Señor no le quería en el desierto, se restituyó á su antigua y primera celda del monte Murón.

Había catorce meses que estaba vacante la Silla de

San Pedro por muerte de Nicolao IV, y se pasaron todavía otros trece sin que los cardenales congregados en Perusa pudieran convenirse en la elección de sucesor; cuando, cansados en fin de una dilación tan perjudicial y tan sensible á todo el orbe cristiano, el cardenal de Ostia, Latino Malabranca, movido sin duda de cierta secreta inspiración, propuso en el cónclave al solitario Pedro de Murón, como al hombre más santo que se conocía entonces en el mundo. Aplaudió todo el Sacro Colegio un pensamiento tan digno, y la Iglesia celebró con el mayor regocijo una elección tan legítima como desinteresada. Enviáronle el acta de su elección por el arzobispo de León, y por los obispos de Orbieto y del Puerto, con dos notarios apostólicos y una carta muy reverente, pero muy enérgica, en que le suplicaban no se opusiese á la voluntad de Dios.

Faltó poco para que le costase la vida esta noticia; y sin dar oídos ni á las razones de los diputados ni á las apretadas instancias de los reyes de Sicilia y Hungría, que expresamente habían ido á buscarle para persuadirle á que aceptase, huyó secretamente; pero, como era observado de tantos, presto le encontraron. Obligado en fin á ceder á tantas súplicas, partió para Aquileya, donde quiso ser consagrado, haciendo el viaje en un humilde jumento, sin que le pudiesen persuadir de otra cosa las instancias de los príncipes ni de los cardenales. Fue su consagración y su coronación en la ciudad de Aquila, el día 29 de Agosto del año 1264, y tomó el nombre de Celestino V, el que tomó también su religión, que hasta allí se había llamado la congregación de San Damián.

Después de su consagración, á instancias y repetidas súplicas del rey de Sicilia pasó á Nápoles, donde proveyó varios empleos para la administración de las rentas de la Sede Apostólica y para el Gobierno de la

Corte de Roma.

Puesta de acuerdo su humildad con su natural inclinación, le persuadieron que no podía menos de padecer mucho detrimento la Iglesia por su falta de experiencia en los negocios y por su notoria insuficiencia. Expidió una Bula en que declaraba que cualquiera Pontífice podía renunciar por sí mismo la tiara; y, á pesar de las instancias de muchos cardenales, así franceses como italianos, que sólo atendían á la eminente santidad de tan gran Pontífice, renunció solemnemente el sumo pontificado en pleno Consistorio, el día 13 de Diciembre, cinco meses y ocho días después de su exaltación. El mismo día dejó todas las insignias, y con su hábito de monje y el nombre propio de Pedro se echó á los pies de los cardenales, suplicándoles que remediasen cuanto antes sus desaciertos por la pronta elección de un sucesor que ocupase dignamente la Cátedra de San Pedro. Este espectáculo tan raro enterneció á los asistentes, sacándoles las lágrimas á los ojos; y Pedro Celestino descendió del trono apostólico con mayor gozo que otros suben á él, sin pensar más que en retirarse á su monasterio.

Pero el cardenal Benito Gaetano, que once días después fue nombrado Papa en el mismo Nápoles, y coronado en Roma el día 16 de Enero siguiente, con nombre de Bonifacio VIII, juzgó que debía asegurarse de la persona de su predecesor, y le negó la licencia que, con las rodillas en tierra, le pedía para retirarse al desierto y pasar el resto de sus días en el rincón de su celda. Creyendo el Santo que esta repulsa no tenía otro principio que el deseo de detenerle en la corte, se huyó secretamente á su monasterio, donde fue recibido con todas las demostraciones de alegría y de veneración que eran tan debidas á su virtud y á su persona. Entró el Papa en aprensión por esta fuga, y, temiendo que algunos

abusasen de su santa sencillez para excitar algún cisma, despachó inmediatamente á un camarero suyo con el abad de monte Casino para que le trajesen á Roma. Tuvo el Santo noticia anticipada de esto, y, tomando consigo á uno de sus monjes, se escondió con él en un espeso bosque, donde pasó toda la Cuaresma. Noticioso de que habían llegado al monasterio los que venían á buscarle de orden del Papa, se metió en una barca para pasar el mar Adriático; pero, obligado por los vientos contrarios á ancorar en el puerto de Trieste, fue arrestado y conducido á Agnani, donde se hallaba á la sazón la corte pontificia. Atribuyendo el Papa la fuga de San Pedro á motivos muy distintos, tuvo por conveniente encerrarle en el castillo de Fumona. No se alteró la tranquilidad de nuestro Santo viéndose en estado tan diferente; antes solía decir, con no menor paz que gracia: *No tengo de qué quejarme; celda quería, y celda tengo.*

No fue larga la estancia en esta nueva especie de soledad; su avanzada edad, el rigor de sus excesivas penitencias, que jamás mitigó, y la debilidad de su salud le advertían que no estaba ya distante el fin de su carrera. Y acabando de decir Misa con un fervor extraordinario el día de Pentecostés del año de 1296, dijo á los monjes de su Orden que le hacían compañía, que ciertamente moriría dentro de la octava. Cayó malo el día siguiente, y pidió la Extremaunción, que recibió tendido en una tarima, no habiendo querido usar jamás de otra cama, y murió con la muerte de los santos el día 19 de Mayo, pronunciando aquellas palabras del último salmo de las laudes: *Omnis spiritus laudet Dominum: Alabe al Señor todo lo que tiene vida.* Murió de casi setenta y cinco años, á los diez y siete meses después de haber renunciado la tiara, y á los diez de su prisión en el castillo de Fumona.

Mandó el papa Bonifacio que se celebrasen sus

exequias con la mayor solemnidad, así en la iglesia de San Pedro como en la de San Antonio, cerca de Florentino, donde fue enterrado. Y continuando Dios en manifestar la santidad de su siervo con nuevos milagros, de orden de Clemente V se trabajó en el proceso de su canonización el año de 1305, y en el mismo se celebró ésta el día 5 de Mayo con extraordinario aparato; pues no contentándose el Papa con officiar pontificalmente la Misa, él mismo hizo un gran panegírico del Santo, y fijó su fiesta el día 19 de Mayo. Venéranse sus reliquias en la iglesia de los Celestinos de la ciudad de Aquila, aunque hay también una porción de ellas en los Celestinos de París, y otras menores en diferentes iglesias.

SANTA PUDENCIANA, VIRGEN

Santa Pudenciana nació en Roma, y fue hija del senador Pudente, que tuvo la dicha de albergar en su casa al glorioso príncipe de los apóstoles, San Pedro. La excelente condición de Pudenciana, su evangélica humildad y sus dotes naturales, todas dignas de la mayor alabanza, hacían que nuestra Santa fuese considerada por todos los individuos de su familia como una de las destinadas á recibir culto en los altares. La preciosa circunstancia de haber tenido la suerte de conocer al gran discípulo del Señor y jefe del Apostolado, San Pedro, hizo que la instrucción de Pudenciana fuese sumamente esmerada. Las oraciones y las pláticas fervorosas de la ilustre y virtuosa Pudenciana fueron causa de muchas conversiones, habiendo hecho en una ocasión con sus trabajos que abrazase el Evangelio y recibiese el santo sacramento del Bautismo una numerosa familia romana que se componía de sesenta individuos. Todos recibieron las aguas generadoras del bautismo de manos del sumo pontífice Pío I, que por carecer de templos en que dar el debido culto al Señor, por la intolerancia del emperador Antonino, se reunía

todos los días en casa de Santa Pudenciana á celebrar el santo sacrificio de la Misa, á cuya solemne y augusta ceremonia concurrían todos los cristianos, así como á recibir el santísimo cuerpo del Señor. El papa Pío I profesaba grande veneración á las virtudes de Santa Pudenciana, que, celosa de la gloria del Señor, trabajaba constantemente en la virtud, haciendo que con sus buenos y saludables ejemplos abrazasen muchos la salvadora doctrina del Crucificado. Llena de grandes merecimientos y virtudes, fue llamada por el Señor á su Gloria el día 19 de Mayo del año 102 de Jesucristo. Su cuerpo se depositó en el sepulcro de sus padres, en el cementerio de Priscila. El Martirologio Romano menciona en el mismo día á San Pudente, padre de nuestra Santa.

SAN IVO Ó IVON, PRESBITERO Y CONFESOR

Nació San Ivo ó Ivon en Treguier, pueblo de la Baja Bretaña, en el año 1253, de una familia noble y virtuosa. Llamábanse sus padres Aheloro y Azona. Desde su más tierna edad no cesaba su cariñosa madre de decirle que era necesario observar una vida pura y cristiana, para que pudiese ser llamado santo; y estos consejos, tan profundas raíces echaron en su corazón, que respondía con la mayor efusión que así lo esperaba de la gracia del Señor. Las primeras letras y la gramática latina las estudió en su casa, con suma aplicación y aprovechamiento. Llegó la época de tener que abandonar la casa paterna para ir á estudiar á París la teología y las artes liberales. A la corta edad de catorce años pisó por primera vez las aulas de la célebre Universidad. Diez años asistió con asiduidad y una aplicación constante á los cursos teológicos y canónicos, granjeándose el aprecio de sus profesores por los rápidos progresos que en las ciencias hacía, y por su conducta morigerada é intachable. A los veinticuatro años estudió en Orleans con el célebre Guillermo de

Blaye, obispo de Angulema, las Decretales, y con Pedro de Chapelle, que más adelante fue cardenal, obispo de Tolosa, las Instituciones, con la misma aplicación que en sus anteriores estudios había observado. Propusieronle sus padres muchos ventajosos matrimonios, y rehusó admitirlos, pretextando que esto se opondría á las tareas que el estudio le imponía; pero la verdadera causa no era otra que la de haber hecho á Dios un voto privado de perpetua castidad. El deseo de ser más inmediatamente útil á sus semejantes le hizo abrazar el estado clerical, su obispo le obligó á recibir el orden de presbítero, porque su humildad le hacia desear permanecer siempre en las órdenes menores.

Dispúsose, pues, á recibir la sagrada investidura de sacerdote con largas y fervorosas oraciones, con ayunos y austeras penitencias, con piadosos ejercicios, y con una perfecta pureza de corazón. El arcediano de Burnes, Mauricio, que era á la vez vicario del obispo, le nombró juez eclesiástico de aquella diócesis, desempeñándolo con aquella rectitud é imparcialidad digna de un varón justo. Desempeñó por diez años las rectorías de Tredretz y de Lohanec, y es admirable lo mucho que trabajó en ellas, y las almas que ganó para Jesucristo con su predicación y con sus ejemplos, de la más grande santidad. De todas partes venían consultas al santo abogado, y todas las despachaba con la mayor prontitud y exactitud. Para satisfacer mejor el deseo que tenía de asistir á los enfermos, erigió un hospital inmediato á su casa, en el que gratuitamente, y con el mayor cariño, albergaba á los pobres enfermos, los asistía y suministraba cuanto su estado necesitaba. Sus delicias eran los pobres; y cuando les socorría, sin quedarse con nada para sí, le interpelaban algunos diciendo que mirase para adelante, y el Santo respondía: *Yo no sé si entonces viviré*. En otra ocasión, hablando de la ganancia que hubiera podido tener vendiendo el trigo más tarde,

le dijo un sujeto: *Yo he ganado un cinco por ciento por haber guardado mi grano; y el Santo le replicó al momento: Pues yo he ganado ciento por ciento por haber salido de él.*

Finalmente, víctima de la caridad, de los ayunos y mortificaciones, cayó gravemente enfermo en la Cuaresma de 1303, sin aliviar ni dispensarse en nada; antes, al contrario, aumentando su fervor, devoción y austeridad á medida que se acercaba á la eternidad. A pesar del mal estado de su salud, predicó á su pueblo el día de la Ascensión, en cuyo día celebró también el santo sacrificio de la Misa, pero con tanto trabajo, que tuvieron que sostenerle otros dos eclesiásticos, y por último despachó cuantas consultas y pareceres le pidieron. Aumentándose el mal, y por consiguiente la debilidad y decaimiento, cayó en cama; pero ¡qué cama! Una tarima con una estera. Pidió y recibió los últimos sacramentos con aquella ternura y afectos de piedad y devoción que son de creer en un alma toda abrasada en amor de Dios. Fue su feliz tránsito el día 19 de Mayo de 1303, á los cincuenta años de su edad. El papa Clemente VI le canonizó el año 1347. Sus reliquias se veneran en la catedral de Treguier, su fiesta se celebra en muchas partes del mundo católico, con especialidad en Bretaña, y es venerado como patrono de los abogados.

La Misa es en honra de San Pedro Celestino, y la oración la que siguiente:

i Oh Dios, que sublimaste á la cumbre del sumo pontificado al bienaventurado Pedro Celestino, y después le enseñaste á posponer á la humildad aquella elevación! Concédenos benigno que, á su imitación, despreciemos todas las cosas del mundo y merezcamos conseguir los premios que están prometidos á los humildes. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 5.

REFLEXIONES

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida. Sólo fue grande porque agradó á Dios mientras vivió; cualquiera otra idea de grandeza es abusiva. El nacimiento ilustre da gran nombre; las riquezas gran crédito; las bellas y grandes acciones mucha fama; los empleos gran reputación, y las dignidades puesto elevado; pero, hablando con propiedad, nada de esto da la verdadera grandeza. El nombre se queda en los archivos, ó á lo más en unos pergaminos viejos; el crédito se pierde con el dinero; la fama se borra, se olvida y se llega á extinguir con el tiempo; las dignidades y los empleos pasan sucesivamente de unos á otros, como se le antoja al príncipe, y el mismo príncipe se ve despojado de todo su majestuoso aparato, enterrándose con él la grandeza y la majestad en el sepulcro. Hagamos ahora ver en el mundo dónde está la solidez y la estabilidad de esas imaginadas grandezas que tanto cacarea. Se puede gozar gran nombre, gran equipaje, grandes rentas, gran dignidad sin ser grande, porque la grandeza, hablando en rigor, debe ser cualidad inherente á la persona. ¿Dónde está la grandeza sin mérito? ¿Dónde está el mérito sin virtud? Grandeza que se hunde y se desvanece con la vida, no es grandeza; no merece este nombre; es una grandeza imaginaria, que sólo subsiste en el lisonjero concepto y en la vana fantasía de los hombres. Sólo Dios es grande, y sólo, con respecto á Dios, se ha de medir toda la humana grandeza. El más pobre labrador es verdaderamente grande siendo santo. Los siervos de Dios no necesitan de empleos ni de dignidades para ser grandes; valos á buscar la grandeza en sus mayores abatimientos y en su humildad más profunda. Eminencias, excelencias, grandezas, títulos pomposos, respetables

dignidades, tronos augustos, decidme: ¿Pasáis más allá de la muerte? ¿Se da mucho valor á vuestros derechos en el otro mundo? Desengañémonos: este privilegio es debido á la virtud cristiana.

El Evangelio es del cap. 19 de San Mateo, y el mismo que el dia 6.

MEDITACIÓN

Se debe dejar todo, y todo se debe sacrificar por Dios.

PUNTO PEIMERO. —Considera que estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas, esto es, sin reserva y sin perdonarnos en nada, por la misma razón debemos estar prontos á dejarlo todo, á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradarle. Esta es la consecuencia precisa del primer Mandamiento.

Sólo nos atamos á las criaturas por el corazón; los lazos son las inclinaciones y la complacencia; donde hay más nudos, allí hay menos libertad; aquello que poco se ama, sin dificultad se sacrifica. Pues si fuere verdad que amamos á Dios con todo el corazón; si fuere verdad que le amamos con todas las fuerzas, poco nos costará el sacrificarle el amor de todas las criaturas, porque las amaremos muy poco.

El renunciar á las halagüeñas diversiones del mundo, y todos los demás sacrificios que parecen dificultosos, solamente son sensibles por los lazos que es necesario romper. Pues el amor de Dios los consume, los abraza todos sin dolor y sin resistencia. Todo es fácil, todo cuesta poco á quien ama mucho.

Pero ¿merece Dios ese gran desasimiento, estos grandes sacrificios? Compasión causa el oír esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿Qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes en que idolatramos. Tenémoslos como en depósito, y á lo más como en arriendo. Tenemos talentos, El nos los dio, y nos los dio para negociar con ellos; nos ha de pedir estrecha cuenta de su administración, concediéndonos no más que el uso ellos por cierto tiempo; préstenoslos por pocos días, y, hablando en rigor, sólo somos unos meros arrendatarios del Padre de familias. ¿Puede haber mayor extravagancia, mayor locura, que resistirse á restituir esos bienes, cuando clama por ellos su legítimo dueño?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no sólo es justicia, sino interés nuestro, dejarlo todo por Dios, ó, á lo menos, estar prontos á sacrificarlo todo, siempre que el mismo Señor nos pida este sacrificio. Nunca nos pide Dios algo sino para darnos mucho más. Nada le damos á que no corresponda prontamente con el cien doblado.

El que dejare por Mi y por el Evangelio á su padre, á su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á sus bienes, recibirá de presente el cien doblado, y después la vida eterna. Dignóse el divino Salvador explicar este cien doblado para que no se confundiese con la vida eterna, y quiso se entendiese bien que no dilata para tan allá el premio de los que le sirven con generosidad; desde luego, y aun en esta vida, recompensa esos pequeños sacrificios; ninguna buena obra se queda sin salario pronto. Al cabo del día de la vida se da el Cielo, pero el cien doblado se paga dentro del mismo día; y, al fin de él, no se hace caso del cien doblado, ni entra en cuenta para el premio.

¡Oh Señor, que no se experimenta ese cien doblado!

Bien; pero ¿se hacen por ventura esos grandes sacrificios? ¿Se da con todo el corazón lo que se tiene? ¿Se deja sin dolor lo que se posee? ¿No se suspira jamás por lo que se dejó en el Egipto del mundo? Esa codicia, ese espíritu de adquirir, esa ansia por ganar, ese dolor cuando suceden pérdidas y contratiempos, ese dilatar tanto la restitución, á pesar de tantos remordimientos, esos salarios tan disputados, esa dificultad en dar limosna, ¿todo esto es prueba de un grande desasimiento?

i Cuándo podré, Dios mío, decir con vuestro Apóstol: *Señor, veis aquí que todo lo he dejado por Vos!* ¡Cuándo me aprovecharé del grande ejemplo que me da San Pedro Celestino de este perfecto desasimiento! ¿Esperaré por ventura á que la muerte me lo quite, para decir que lo he dejado y que os sigo? No, divino Salvador mío, que entonces sería muy inútil el dolor y el arrepentimiento. No quiero ya tener pegado mi corazón á cosa criada. Todo lo dejo por seguros, y no esperaré á que la muerte venga á romper estos lazos.

JACULATORIAS

¿Qué puedo yo, Dios mío, desear en el Cielo y en la Tierra fuera de Vos? — *Ps. 72.*

¿A qué parte ni á qué cosa me inclinaré yo, Señor, si sólo Vos tenéis palabra de vida eterna?—*Joan., 6.*

PROPÓSITOS

1. Jesucristo dio por ti hasta su misma vida; ¿qué has dado tú por Jesucristo? ¡Cosa extraña! Nada tenemos que no hayamos recibido de Dios; bienes, honra, entendimiento, salud, vida. Todas las criaturas nos predicán sus dones; sólo de su liberalidad esperamos

todo aquello que apetecemos. ¿Y cuál es nuestra correspondencia? ¿Es posible que nada le negamos? ¿Obedecemos su voluntad, observamos con puntualidad y con respeto sus santos Mandamientos? ¿Son muy exactas en la observancia de sus reglas todas las almas religiosas? Bastante miseria es ésta para confundirnos y para sobresaltarnos. Mucho tiempo ha que deseas hacer á Dios el sacrificio de esa mortificación y de ese resentimiento; ¿cuándo has de reducir á práctica esos deseos? No se pase este día sin que pongas en ejecución lo que tanto tiempo ha estás prometiéndolo inútilmente.

2. Pocos días hay, y dentro de los días pocas horas, en que no se ofrezca ocasión de hacer á Dios algún sacrificio; una palabrita, una visita curiosa, un levísimo acto de mortificación puede ser muchas veces de gran mérito. No se te pase día sin hacer á Dios alguno de estos cortos sacrificios; determina en la oración de la mañana cuál ha de ser el de aquel día. Unas veces tal bocado, otras tal plato, otras tal vestido, tal gala, tal adorno, algunas tal visita, tal diversión, tal gusto. También podrás sacrificarle las resoluciones de hacer una visita de atención ó de cariño á tal ó tal persona que te ha desobligado, y á quien ya miras con frialdad y resentimiento. Estas son aquellas industrias espirituales con que se forman los santos.